

La Vida de Jesús, Guiada por el Espíritu

El Evangelio de San Lucas nos dice de Jesús, refiriéndose a los años de su vida oculta en Nazaret, que “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”. Los evangelios nos muestran que este crecer de Jesús va a continuar hasta su entrega total. Si nos metemos profundamente en los relatos evangélicos, dejando que los mismos lean nuestra vida, el itinerario espiritual de Jesús se nos aparece con toda claridad. Jesús, impregnado de una viva y singular conciencia de Dios como Padre, va descubriendo paso a paso su vocación de manera más clara y profunda, dejándose encaminar a “la subida a Jerusalem”, donde le esperan su pasión y muerte en cruz.

Ese itinerario espiritual de Jesús se desarrolla en tres ámbitos distintos pero inseparables entre sí: el de sus relaciones con la gente, el de su relación con su grupo de discípulos y el de su relación continua con el Padre. El Espíritu le va descubriendo las implicaciones de su vocación original e inquebrantable, conduciéndole para ello a través de estos tres ámbitos, todos ellos necesarios en el discurrir de su itinerario.

1. Su vida entre la gente

Jesús va a ir acercándose y percibiendo cada vez mejor a Dios a través de su encuentro con las gentes. Los pobres, los enfermos, la mujer cananea, la viuda del óbolo en el templo, las gentes que le dieron lástima porque parecían “ovejas sin pastor”, el centurión, Zaqueo y la mujer que, en su entrega total, le lava sus pies con sus lágrimas, se los seca con sus cabellos, los cubre de besos y se los unge con un perfume caro, le van mostrando cada vez más vivamente el rostro misericordioso, la gratuidad radical y el amor sin límites de Dios. Este descubrimiento le hace exclamar a Jesús una y otra vez, a la vez sorprendido y maravillado: “¡Qué grande es tu fe!”, refiriéndose a la gente, y “Yo te alabo”, dirigiéndose al Padre, con el que está íntima e indisolublemente unido.

Este Jesús, que bajo la guía del Espíritu crece en sabiduría y en gracia, va a manifestarse como un gran reformador religioso, comunicando su adhesión confiada al Dios del amor no sólo en sus discursos, parábolas y mandatos morales, sino también en la confrontación con los sabios, los ricos, los doctores de la ley y los sumos sacerdotes.

Veamos, como ejemplo de este itinerario espiritual entre las gentes, el episodio revelador de la mujer cananea, tal como nos lo relata el Evangelio de San Mateo:

Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

- Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

- Atiéndela, que viene detrás gritando.

Él les contestó:

- Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas:

- Señor, socórreme.

Él le contestó:

- No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

Pero ella repuso:

- Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió:

- Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.

En aquel momento quedó curada su hija.

(Evangelio de San Mateo, capítulo 15, versículos 21-28)

El relato comienza diciéndonos que Jesús salió de donde estaba para encaminarse a otro lugar. Es un ejemplo del constante itinerar de Jesús que nos muestran los evangelios. El libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere a los creyentes como aquellos que abrazan "el camino". En el relato evangélico, Jesús sale de donde está para retirarse a la región de Tiro y Sidón. Dos datos son significativos: Jesús quiere retirarse, algo que trata de hacer frecuentemente tras haber actuado; y lo hace yéndose a territorio pagano.

Como tantas veces le ocurre, es reconocido y sus deseos de retiro se ven frustrados por una mujer cananea, pagana por tanto, que comienza a pedir a gritos que cure a su hija. Jesús ni se digna contestarle. Parece muy contrariado. En un segundo momento, sus discípulos le piden que, al menos, se dirija a ella para decirle que se vaya y deje de molestar, pero él parece seguir sin querer saber nada de la mujer y les recuerda que su misión se limita al pueblo de Israel. En ese momento, la mujer se planta delante de Jesús y se postra ante él, pidiéndole que le socorra, forzándole a que le atienda. Jesús le trata con dureza, diciéndole que atenderla sería como echar a los perros el pan de los hijos, que son los que pertenecen al pueblo de Israel. La mujer, lejos de darse por vencida, adopta una actitud de profunda humildad y le da una respuesta que denota una gran fe en la universalidad de la misericordia y del amor de Dios. Jesús capta inmediatamente el significado de esa fe, de boca de alguien que no contaba para nada, en este caso por su doble condición de mujer y de pagana. El episodio es una muestra de cómo Jesús descubre en los que no cuentan una fe y una comprensión de Dios, que van a sorprenderle de forma continua y poderosa.

2. Su comunidad de discípulos

Pero Jesús no vive solo este proceso de descubrir un Dios siempre nuevo y de sentir cada vez con mayor fuerza la vocación de anunciarlo con la entrega de su propia vida, sino que comparte su vida y sus experiencias con la comunidad de discípulos y discípulas que itineraban con él y, muy especialmente, con los doce. Podríamos decir que los que le seguían eran su comunidad, aquellos con los que iba hablando, comentando sus experiencias con la gente y las situaciones cotidianas con que se encontraba, y buscándoles su sentido. El grupo constituía lo que hoy llamaríamos un grupo de referencia, de revisión de vida y de maduración en la fe.

Los ejemplos de este segundo polo de la espiritualidad de Jesús son constantes en el Evangelio, haciéndose especialmente relevantes en algunos pasajes, tales como la última cena y el lavatorio de los pies. Jesús no puede entenderse sin sus discípulos, sin su comunidad de vida y de proyecto. Veamos, como ejemplo del funcionamiento de este ser conducido por el Espíritu a través de sus discípulos, el siguiente pasaje del Evangelio de San Juan:

Muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron:

- Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?

Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

- ¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?

Y dijo:

- Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede.

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

- ¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le contestó:

- Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios.

(Evangelio de San Juan, capítulo 6, versículos 60-62 y 65-69)

El pasaje nos muestra un momento crucial en el caminar de Jesús; un momento de crisis, en el que se pone de manifiesto que sus enseñanzas no se corresponden con el sentir ni de las gentes ni de los que le seguían, quienes se sentían escandalizados por su contenido. Su propia comunidad de discípulos se disgrega y muchos le abandonan.

Jesús necesita saber si aquellos que él mismo ha elegido también le van a abandonar, porque ello significaría el final de su comunidad y, por tanto, el fracaso de su predicación.

El relato pone de relieve la importancia de la comunidad en la vida y obra de Jesús. De ahí que se dirija a los doce para preguntarles si de verdad creen en él o, por el contrario, como los demás, se sienten escandalizados y desean abandonarle. La confesión de Pedro, que habla por todos, expresa la fe en Jesús de su propio grupo de referencia y la decisión de seguir con él, a pesar de que los demás le hayan abandonado. Esta confesión de fe de Pedro, en nombre de los doce, se encuentra en los cuatro evangelios y marca un momento crucial en la vida y en la misión de Jesús, reflejado en el anuncio de su pasión y en el relato de la transfiguración de Jesús, que los evangelios sinópticos sitúan a continuación de este pasaje. A partir de ese momento, su predicación va a reflejar de modo más decidido su carácter definitivo, de cumplimiento de la ley y de los profetas, tanto frente a los sacerdotes, ancianos, escribas y fariseos, como frente a las autoridades civiles.

3. Su relación personal con el Padre

El tercer polo de la espiritualidad de Jesús - presente desde el principio en los dos polos anteriores y del que todo procede - es su relación personal con el Padre, que le ha llamado y le va conduciendo por caminos que el propio Jesús, como lo mostrará en la oración de Getsemaní, preferiría no tomar. El lugar es siempre un lugar apartado, del que el desierto es la figura más simbólica. Se puede concebir la vida pública de Jesús como una vida entre dos experiencias de desierto radical, la de la preparación para su vida pública y la de su pasión, crucifixión y muerte. En ambas, Jesús es tentado para que use su poder para su propio provecho, abandonando así su fidelidad a Dios Padre. En ambas pruebas se manifiesta su fragilidad, y por tanto el estar sujeto a la tentación, y su fidelidad, o lo que es lo mismo, su no estar sometido al pecado.

La Carta a los Hebreos capta perfectamente esta doble condición de fragilidad y fidelidad de Jesús, cuando nos dice *"Pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado"* (capítulo 4, versículo 5). Es sobre todo en esas ocasiones de prueba cuando Jesús aparece solo, orando personalmente al Padre, en un lugar apartado, buscando la relación directa con la fuente de su vida y realizando un ejercicio de discernimiento que viene exigido por el paso al que se siente conducido por el Espíritu. A veces, la oración se torna dramática y angustiada, como en el siguiente pasaje de la oración del huerto:

Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y les dijo:

- Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.

Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse. Entonces dijo:

- Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo.

Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo:

- Padre mío, si es posible que pase y se aleje de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

Y se acercó a los discípulos y los encontró dormidos.

Dijo a Pedro:

- ¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu es decidido, pero la carne es débil.

De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo:

- Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.

Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque estaban muertos de sueño.

Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras.

Luego se acercó a sus discípulos y les dijo:

- Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

(Evangelio de San Mateo, capítulo 26, versículos 36-46)

Este pasaje muestra a la perfección y en el límite, la experiencia de soledad y de desierto radical de Jesús, en el umbral de su pasión y muerte ignominiosa en la cruz. Nada más acabar la Última Cena, Jesús va con los discípulos al llamado huerto de Getsemaní. Lo más importante del relato son los movimientos continuos de Jesús, que se corresponden con sus movimientos espirituales. El primer movimiento muestra que, como en otras ocasiones, dentro de los doce existe un círculo más estrecho de tres discípulos. Jesús deja a los doce para orar al Padre, pero toma a tres en los que apoyarse y, porque siente tristeza y angustia, les pide que velen con él.

A partir de ahí Jesús se mueve tres veces hacia el Padre, para ponerse en sus manos, y otras tantas hacia el grupo de los tres, buscando el apoyo de su círculo más íntimo en una hora de tanta angustia. El relato nos dice que los tres discípulos caen dormidos y no velan con él, acentuando aún más la inevitabilidad de la soledad en momento tan supremo y anunciando que todos sus discípulos le abandonarán en su pasión y muerte en cruz. Los tres movimientos hacia adelante y hacia atrás subrayan la lucha entre sus deseos y la voluntad del Padre; en otras palabras, la lucha entre la tentación que nace de la fragilidad y la fidelidad a la vocación que le señala el Espíritu. La frase final de Jesús indica que la hora final ya ha llegado y que su decisión de aceptar libremente la voluntad del Padre es firme y definitiva, haciendo que ya no necesite el apoyo de sus tres más íntimos.

4. Aprender de Jesús a vivir en el Espíritu

Aunque el camino de Jesús es único, por su condición constitutiva de Hijo y su íntima e inquebrantable unión con el Padre, nos muestra de manera excelente algunos elementos de nuestro propio itinerario espiritual. El primero es que vivir la fe, esto es, la relación con Dios, supone ponerse en manos del Espíritu para dejarse conducir por El. El segundo elemento es que el Espíritu nos conduce por el camino al que nos llama Dios, esto es, por el camino de nuestra vocación. Espiritualidad y vocación, por tanto, son indivisibles, como las dos caras de una misma moneda. El tercer elemento es que dejarse conducir por el Espíritu, respondiendo positivamente a nuestra vocación, supone tomar decisiones cruciales, que marcan nuestra vida y le dan su sentido definitivo. El cuarto elemento es que esas decisiones consisten en acciones concretas que testimonian y comunican nuestra fe; en otras palabras, vivir y comunicar la fe son los dos aspectos del seguimiento de Jesús, recorriendo el camino concreto de la vocación de cada uno, bajo la guía del Espíritu. El quinto y último es que toda espiritualidad tiene tres polos distintos, pero necesarios e íntimamente unidos entre sí: el mundo en el que ejercemos nuestra vocación, la comunidad en la que vivimos y discernimos nuestra vocación y, finalmente, la experiencia de desierto y de relación personal, oracional, con el Dios de Jesús.

Obispos Vascos 2007